Unions y las sociedades cooperativas, sino también, y muy especialmente, en el libre juego de los intereses de las clases productoras. Por ella los obreros coligados tienen á la mano medios eficaces de defensa para evitar la tiranía de los empresarios; que las huelgas ordenadas, espontáneas y respetuosas de cosas y personas, son arma legítima de resistencia y medio justificado de apremio para obtener de los capitalistas las concesiones debidas á la intensidad, calidad y duración del trabajo.

El Derecho Internacional ó de la Guerra y de la Paz, como le llamó Grocio, es, á no dudarlo, el que ha salido más ganancioso en el progreso de los intereses materiales. Lo que no pudieron hacer los filósofos, los santos y los poetas: arrebatar el arma de las manos de los combatientes y hacerlos vivir en buena inteligencia y placentera armonía; han venido á conseguirlo el desenvolvimiento del tráfico y la universalización de las transacciones. Establecidos por la fuerza de las cosas esos grandes organismos que se llaman compañías anónimas, bancos y bolsas; no hay movimiento, pulsación ni sobresalto que se manifiesten en un país, que no obren de rechazo en otros muchos separados entre sí por montes y valles, ríos, mares y oceanos. Hubo un tiempo en que los príncipes, cegados por ambiciones personales y deseosos de aumentar el esplendor de sus reales casas, se hacían la guerra á cada paso por los pretextos más fútiles: por apoderarse de un girón de

tierra, de una ciudad, de un castillo. Los pueblos no tenían voz ni voto en aquellos debates, y eran arrastrados á luchas asoladoras é interminables sólo por el capricho, por la ambición ó por la ferocidad de sus jefes.

La democracia tiende á reivindicar los derechos de los gobernados, sujetando teóricamente á los gobernantes á la voluntad del pueblo; pero estos principios, aunque bellos, quedarían reducidos á la condición de meramente especulativos, si la democracia no manifestara su fuerza por medio de los intereses económicos. Están hoy día tan relacionados, ligados y compenetrados los pueblos por los intereses mercantiles é industriales, que sus destinos han venido á ser casi solidarios, porque la ruina ó el quebranto de la prosperidad de uno, influye más ó ménos directamente en la suerte de negociantes, industriales y artistas de los otros. Todos los capitalistas, obreros ó traficantes de una nación que tienen mercado abierto en otra, ven con repugnancia la ruptura de hostilidades entre los dos países, y trabajan por evitarla; y como no hay pueblo culto que no esté enlazado con los demás por estas causas, la opinión general reprueba los choques armados.

Los jefes de los Estados sacan ahora los elementos necesarios á la administración pública, de impuestos votados por las asambleas de representantes; y estas, que dejan tanta libertad á los gobiernos en el terreno político, andan remisas y desganadas en lo que respecta á la creación de in-

gresos extraordinarios. La guerra, por otra parte, empobrece ó agota la fuente de los productos fiscales, y á los mismos gobernantes perjudica disminuyendo la cosecha hacendaria; porque á compás de ella, menguan el buen humor de las masas, la paz pública y la tasa de los emolumentos. De esta manera, no por el progreso de las ideas, sino por el del tráfico internacional, los pueblos ponen veto á las aventuras guerreras; y así también el obstruccionismo mercantil refrena los ímpetus de la barbarie.

Si llega á declararse la lucha, es breve y pasagera, no puede ya durar treinta ni cien años como las antiguas; y por lo que hace á sus estragos, son infinitamente menores que los de las contiendas de antaño. Ya no son arrasadas las ciudades, ni talados los campos, ni pasados los habitantes de los pueblos vencidos al filo de la espada; los combatientes respetan los monumentos, las fábricas, los puentes y los caminos, sin destruir más que lo absolutamente necesario para el desarrollo del plan estratégico. Y todo esto, no tanto por sentimientos humanitarios, cuanto por no aniquilar riquezas ligadas tal vez con intereses del mismo agresor.

***

De fijo no hubieran llegado los intereses materiales á adquirir tal preponderancia, á no haber sido explicados y justificados por la ciencia eco-

nómica. Esta, desde que apareció, se declaró partidaria de la paz y enemiga encarnizada de las hazañas bélicas; y como les ha hablado á los hombres el fácil y comprensible lenguaje de su propio bienestar, ha hecho más en favor de la primera y en contra de la segunda, que Suárez, Grocio y Puffendorf.

Aun hay más.—Amenazadas por el socialismo en los tiempos que corren las bases mismas de la sociedad—la constitución del Estado, la de la familia y todas las instituciones que forman el núcleo de la civilización; los economistas han salido al frente de las turbas, calada la visera y con la espada en la mano para detener su empuje. La desbordada ambición de los proletarios y su humor agresivo y anárquico provienen de falta de freno moral; porque los cortesanos de la plebe se han afanado en matar todo ideal, toda esperanza, toda creencia represiva, en el alma de las clases desheredadas. Ellos han roto el freno que sujetaba las pasiones, y han asusado á la muchedumbre para que se lance contra todo orden existente, convirtiéndola en turba de bárbaros intestinos, tanto más temibles cuanto que están iniciados en el progreso.

En tal conflicto, es inútil hablar á las masas de cosas altas y bellas, de mundos de ultratumba y de penas y premios postvitales. Esas armas están gastadas y carecen de filo; hay que apelar á otros recursos. La Economía Política, ciencia esencialmente de la época, viene á llenar en cuan-

to es posible la laguna, tomando á su cargo la defensa de la propiedad y del orden, y apelando á los argumentos más descisivos que pueden llegar á los oídos de los hombres de ahora. ¿No piensan éstos en la inmortalidad del alma, ni en la vida futura, ni en las sanciones morales de la eternidad? ¿Están dominados por sentimientos sensibles y solo quieren riqueza, bienestar y goces materiales? Pues en ese terreno los busca nuestra ciencia, y allí es donde los acomete, confunde, rechaza y aniquila.

No hay papel más grande ni benemérito que éste en los modernos tiempos. Desafiar la cólera de la fiera, despreciar sus aullidos, acorralarla y vencerla domando su furia, toca á lo maravilloso y es á todas luces heroico. Esto es lo que hace la Economía Política. ¿Quereis la posesión de los bienes materiales? dice. Pues ganadla por medio del trabajo; el palenque está abierto para todo esfuerzo honrado, perseverante y bien dirigido. ¿Ambicionais las delicias de una segunda edad de oro? Son imposibles sobre la tierra; cuanto se os dice á este propósito es fábula y engaño: la vida es y será siempre arena de combate; pero la civilización atenúa todos los días la miseria de los proletarios, y el mundo camina á la aproximación mútua y armónica de todas las clases sociales en una situación más bonancible que la presente. ¿Teneis ansia de goces? La saciareis gradualmente si no atentais al orden, si respetais á la sociedad tal como se halla establecida, pues todos los capitales, todos los descubrimientos, todas las empresas, nacen, crecen y se desarrollan para vuestro beneficio.

Thiers abrió la marcha publicando en 1848 su precioso libro *Del derecho de Propiedad.* En los momentos en que la multitud asusada por falsos defensores de la libertad, reclamaba la tutela del Estado en forma de salarios sacados de los fondos públcos; cuando Considerant, inspirado por Fourrier, proclamaba el *derecho al trabajo* y Luis Blanc establecía los talleres nacionales; cuando las fábricas manufactureras se cerraban bajo la persecución del gobierno; cuando más de cien mil trabajadores eran subvencionados por el erario, y se gritaba por donde quiera que la propiedad debía ser repartida entre todos: entonces fué cuando aquel gran pensador, político y publicista dió á la estampa su breve, clara y contundente demostración del derecho mencionado, reduciendo á polvo y humo las teorías de los ilusos, de los cándidos y de los perversos, y reforzando con sólido cemento científico las amenazadas bases del orden social.

Federico Bastiat prosiguió la campaña contra el enemigo. Hostigó al comunismo bajo todas sus formas, desde el socialismo hasta el proteccionismo, y, animado por una inspiración superior, no hubo sofisma antisocial, no hubo tesis antieconómica, que no combatiese. En su elocuente, ardorosa y sapientísima cruzada contra esa nube de adversarios, halló al paso al terrible Proudhon,

que le salió al encuentro como un gigante seguro de su triunfo. La contienda se trabó sobre el carácter que debería, según la justicia, tener el crédito. Proudhon sostenía que debía ser gratuito; Bastiat afirmaba que debía ser retribuido. El soberbio reformador hablaba desde su trípode, se enardecía y fulminaba rayos contra su adversario; éste no perdió la sangre fría, y esgrimió contra aquel segundo Goliat, la honda maravillosa de David. El resultado de la lucha, fué la victoria más espléndida para Bastiat, contribuyendo no poco el desenlace á empañar las deslumbrantes fantasmagorías socialistas.

De las cenizas de Fourrier y de Proudhon nacieron en Alemania Rodbertus, Karl Marx y Lassalle, más ó ménos exagerados en la propagación de las ideas de sus precursores; pero en el campo de la ciencia verdadera brotaron á la par José Garnier, Molinari y Paul Leroy-Beaulieu. De esta manera, las acometidas de los novadores han podido ser contestadas con repulsas enérgicas. Así, perdido el prestigio de la novedad, la doctrina reformadora envejece, se desnaturaliza y se trasforma como todo ejército vencido. Hoy por hoy, los socialistas alemanes se convierten en colectivistas, atenuando el rigor de numerosas conclusiones de su credo económico; en tanto que los rusos, bajo el rigor de un gobierno despótico, se truecan en anarquistas encabezados por el diabólico príncipe Kropotkine. Enemigos declarados estos de todo lo existente, ciencias, instituciones, religión y gobierno, no necesitan ser combatidos por los sabios; la sociedad, por amor á la vida, por instinto de su propia conservación, los detesta, condena, persigue y extermina.

No pasa lo mismo con los colectivistas. Estos profesan ideas menos extremosas y no predican la destrucción de cuanto existe; pero en el fondo aspiran á trastornarlo todo y á substituir un régimen de su invención al impuesto por la naturaleza en el juego de los intereses económicos. Tales ensueños, envueltos en disertaciones sutiles y eruditas, son acaso más peligrosos que las acometidas brutales de los dinamiteros, porque no infunden desconfianza, y parecen inspirados en el amor más puro á los débiles y á la justicia. Los economistas de la escuela científica velan, por fortuna, en defensa de la verdad, y no permiten á los bárbaros tomar por sorpresa el Capitolio.

Leroy-Beaulieu ha sido en la época presente el paladín más esforzado de la buena causa. Todas sus obras sobre Economía Política contienen, más ó menos, la refutación de tales delirios; pero muy especialmente dos: "El Colectivismo, Examen crítico del nuevo Comunismo" y el "Ensayo sobre el reparto de las riquezas y sobre la tendencia á una desigualdad menor en las condiciones." La primera es el análisis minucioso, razonado y sapientísimo de todos y cada uno de los principios en que el colectivismo se funda, coronado por la demostración más palmaria y completa de la inanidad, injusticia y debilidad del sistema.

La segunda es una de las más hermosas y trascendentales concepciones del presente siglo. Tiene por objeto demostrar que el progreso beneficia á las clases desheredadas más que á las ricas; que la civilización disminuye constante y gradualmente las ganancias del capital y aumenta la baratura de los productos; que el trabajador irá adquiriendo mayor bienestar á compás del perfeccionamiento de las artes y del aumento de la riqueza; que las labores más serviles y penosas irán siendo reemplazadas por servicios mecánicos; y, en fin, que la distancia que separa en nuestra época á los magnates de los proletarios, irá acortándose sin cesar á consecuencia del florecimiento industrial y mercantil. De suerte que la alimentación, la higiene, la comodidad y aun en cierto modo el lujo, continuarán abaratando en tales términos, que habrá con el tiempo poca diferencia sustancial entre la vida del pobre y la del rico. Tendrá éste, á pesar de todo, y como distintivo, los refinamientos deslumbradores de la ostentación; pero por lo que hace á lo práctico y positivo, al *confort* de la vida, irán perdiendo su rigor, instante por instante, las más dolorosas desigualdades sociales.

No es el libro aludido una bella teoría, parto del cerebro de un visionario, pues si algo tiene su autor es ser, por el contrario, poco dado á lucubraciones fantásticas y etéreas; nada tiene que ver con la *Utopía de* Tomás Morus, ni con la *Ciudad del Sol* de Campanella, ni con la Salento de Fenelón. Es rigurosamente demostrativo y científico, está nutrido de erudición y basa sus conclusiones en probanzas irrefragables. Por de contado que Leroy-Beaulieu no profetiza la abolición de la pobreza, ni del trabajo, ni de la desigualdad de las fortunas—porque eso es inasequible, y así se apresura á declararlo; sino que se limita á anunciar la *tendencia* del progreso á corregir en parte esas asperezas, y á nivelar en lo posible los goces fundamentales de la vida.

Nada más elocuente ni benéfico pudiera inventarse para contrarrestar los trabajos de los novadores, que esas demostraciones contundentes. La autoridad de los economistas en esta materia es indiscutible, pues ellos son los que estudian las leyes según las cuales se producen, se reparten y se consumen las riquezas; así que cuando declaran que tal medida es perjudicial para los intereses humanos, son escuchados con atención y se toman en cuenta sus observaciones. Si el moralista hablara, no sería atendido, porque las ideas reinantes sobre la *lucha por la vida* y sobre *el triunfo de los más aptos*, no dejan coyuntura para entrar en disquisiciones abstractas. Si hablara el jurista, no obtendría mejor resultado, porque cada cual entiende á su modo la justicia, y los colectivistas sostienen la excelencia de la suya. Pero cuando toma la palabra el economista, no sucede lo mismo, porque él no habla en nombre de cosas impalpables, sino sensibles y pertenecientes á este mundo: en nombre del bienestar y de